

# **Los Cazaventura y el camino perdido de los Andes**

Helen Velando

loqueleg

Ya nada sería igual desde la tarde en que sonó el gong en la vieja puerta de la calle 121 Oeste, hogar de los Cazaventura. El sonido estremecedor resonó pared por pared y se contagió como un resfrío en todas las habitaciones. La casa entera tembló. El gong era uno de los inventos del tío Benjamín, y por supuesto él estaba muy orgulloso de no tener timbres. Claro que el gong tiene algunos inconvenientes: los floreros se estrellan contra el suelo, los cuadros quedan torcidos y a veces los libros se caen de las estanterías. Hasta el gato se escondió debajo de unos almohadones cuando toda la casa de piedra retumbó al unísono.

—Creo que llaman a la puerta... ¡Julieta!, ¿podés ver quién es? —gritó Isabel.

Julieta aún sostenía su cabeza y miraba las vigas del techo, desde donde seguía cayendo una llovizna de polvo; tendría que decirle al tío Benjamín que arreglara el gong o que reforzara el techo. Bajó los tres pisos corriendo y quedó ante la puerta de madera gris. Al abrirla, sus ojos recorrieron la calle desierta del pueblo: no había nadie. Bajó la vista y entonces lo vio: un

paquete marrón atado con una tosca cuerda descansaba en el felpudo. Julieta no tenía idea de que aquel paquete contenía uno de los más extraños mensajes que puedan recibirse.

Lo tomó con cuidado y, al tiempo que lo observaba, cerró la puerta de un golpe con el pie. El portazo sonó en los oídos de su madre, quien picaba cebolla en la cocina y, sin dejar de mirar el paquete marrón, caminó hasta la sala donde su padre escribía sentado ante su escritorio.

10 Isabel entró desde la cocina y se detuvo junto a la gran chimenea de piedra.

—¿Qué es eso, Julieta? —preguntó.

—No lo sé, parece un paquete, no vi quién lo dejó, estaba sobre el felpudo.

El profesor Rolando Cazaventura levantó la vista de sus papeles, y la lupa que siempre llevaba consigo le volvió un ojo grande como una pelota de fútbol.

—¿No tiene remitente?

Julieta le entregó el paquete a su madre y esta lo dio vuelta. Había algo escrito en lápiz, pero de manera tan tenue que casi no se podía distinguir.

—Es extraño... pero no tiene remitente. Vamos a abrirlo para saber qué contiene —propuso la doctora Isabel Fuentes.

—No, Isabel... No sabemos qué puede ser... No es prudente abrir un paquete sin remiten...

Isabel dejó las palabras de su marido colgando en el aire de la mañana porque no estaba dispuesta a esperar más. Cuando alguna situación parecía encerrar algún peligro, ella no parecía dominarse; era como



estar frente a un chocolate cuando a uno le encantan los dulces: una tentación.

Desató la cuerda con cuidado y un trozo se desprendió; al caer al piso de madera, se desintegró casi por completo. Justo en ese momento se oyó una explosión y los tres saltaron. El paquete escapó de las manos de Isabel y voló rumbo al techo, Rolando se desplomó en una silla y Julieta cayó en el viejo sofá de seis patas. Los tres pares de ojos miraron el paquete, que ahora venía cayendo como en cámara lenta; la doctora Fuentes, haciendo una pirueta, lo recuperó.

12

El grito fue uno solo:

—¡Tío Benjamín!

Debajo de la escalera, bajando tres escalones de piedra, estaba la puerta del sótano desde donde una pequeña nube de polvo azul y gris se elevó, se movió el pestillo y apareció una cara tiznada y sonriente:

—Perdón, creo que le puse demasiado ácido sulfúrico —y Benjamín Cazaventura cerró la puerta del sótano, desde donde provenían todavía pequeñas explosiones.

La familia estaba acostumbrada a los experimentos del tío. Cuando quedó viudo se instaló en la vieja casona, que siempre perteneció a su familia y, por supuesto, el sótano era el lugar ideal para desarrollar y probar sus grandes inventos.

—¿Qué contiene ese paquete? —preguntó intrigado.

Cuando algo intrigaba al tío Benjamín, movía su bigote de cepillo a ambos lados de la cara de manera muy cómica. Hasta podía pensarse que aquel bigote tenía vida propia.



—Aún no lo sabemos, pero ya lo vamos a averiguar —aseguró Rolando, mirando al tío con su lupa.

—Vamos a ver de una vez de qué se trata —insistió Isabel, mientras sus dedos separaban varias capas de papel marrón como si se tratara de una cebolla.

En el centro de la gran sala, debajo de la enorme araña de cristal, había una mesa redonda de madera. Allí depositó Isabel el paquete, y estaba a punto de desprender la última capa de papel, cuando alguien preguntó a los gritos:

14

—¿Qué tiene ese paquete?

Martín Cazaventura bajaba por la vieja escalera de madera, saltando los escalones de dos en dos. Desde pequeño había sido muy curioso y, quizá por eso, aunque pasaba la mayor parte del tiempo jugando en la computadora, aquel paquete que su madre tenía sobre la mesa le resultaba ahora más atractivo que navegar en internet.

Se deslizó por el último tramo del pasamanos y de un salto quedó junto a la mesa.

Hasta Hamlet, el gato gris, se acercó y miró expectante desde el respaldo del sillón verde. Las manos de la doctora Fuentes abrieron con cuidado la última envoltura de papel, y entonces apareció ante sus ojos sorprendidos un enorme caracol blanco.

—¡Un caracol! —exclamó el tío Benjamín.

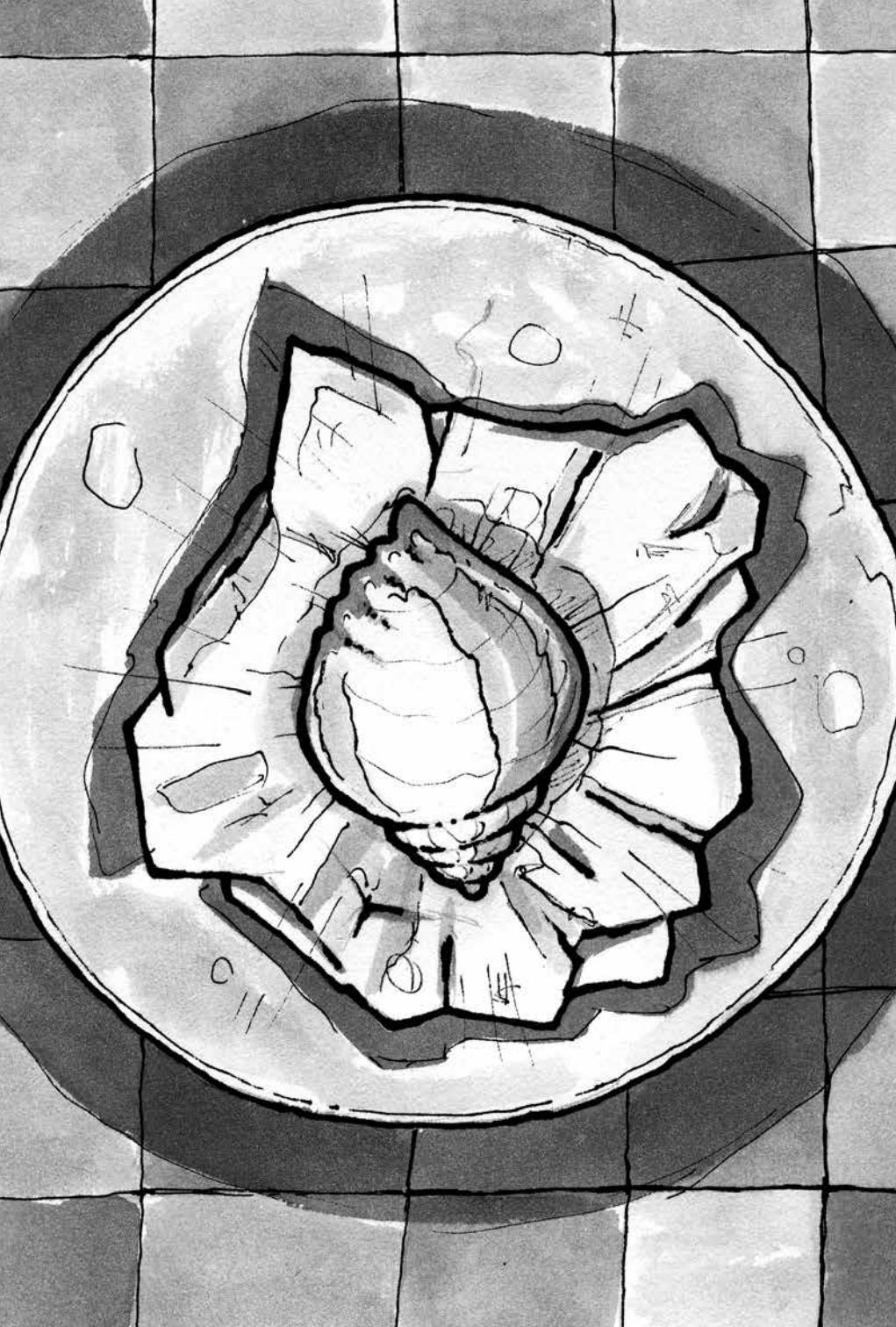
—¿Un caracol? —preguntó Martín.

—Parece... un caracol —reflexionó Rolando.

—Sin dudas... es un caracol —afirmó Julieta.

—Es algo más que un caracol —aseguró Isabel—.

Es un mensaje.





De inmediato, la doctora Fuentes se dirigió a la biblioteca y comenzó a sacar viejos libros de tapas duras, al tiempo que repetía: “Debe estar por acá”.

Benjamín, Rolando, Julieta y Martín y, por supuesto, Hamlet, el gato gris, seguían mudos, observando el extraño caracol que descansaba sobre la mesa de madera, debajo de la enorme araña de cristal, en el centro de la gran sala.

—¡Acá está! ¡Lo encontré!

16

Isabel atravesó la habitación llevando en las manos un libro de tapas moradas; en sus páginas amarillentas había polvo acumulado de varios años. Saltó por encima del gato, que había bajado a curiosear entre sus pies, y depositó sobre la mesa el viejo libro, el cual, como por arte de magia, se abrió en la página 174.

Los ojos de los Cazaventura se redondearon por la sorpresa: una lámina con un caracol idéntico al que tenían delante, como un relámpago, iluminó sus mentes. No había dudas, era igual.

Isabel dio vuelta algunas páginas y leyó:

—“Molusco gasterópodo... forma de espiral... existen especies terrestres y acuáticas... Algunos tienen valor ornamental también se utilizan como instrumento musical rústico...” ¿Entienden?

—¿Si entendemos qué? —preguntó Rolando.

Ella, sonriente, sacudió el pelo negro como una ola. Los Cazaventura conocían muy bien el brillo que vieron en sus ojos. Algún detalle había despertado la curiosidad de la doctora Fuentes, y entonces todo podía suceder.

—Aquí, en este libro, hay un caracol igual a este —explicó, señalando el que estaba sobre la mesa—, solo que es un caracol poco común: ha viajado miles de quilómetros y, si no me equivoco... también miles de años hasta llegar a nosotros.

Rolando, quien pareció comprender algo que los demás no entendieron, corrió a su escritorio y, luego de revolver los cajones, regresó con una pequeña pinza y un trozo de vidrio.

—Este caracol proviene de una región de los Andes —informó Isabel con satisfacción.

—Pero en los Andes no hay ningún mar —afirmó Martín.

—No hay ahora... pero quizá lo hubo, Martín —explicó su hermana.

—Exacto... Por eso voy a tomar una muestra, para calcular cuántos años puede tener.

Rolando se acercó con su pinza y apretó con suavidad un extremo del caparazón, del que extrajo una delgada placa de nácar. Luego se alejó hacia su escritorio, donde reposaba un microscopio, lo colocó debajo del lente, ajustó la perilla y acercó su ojo experimentado al tubo metálico, buscando respuestas.

El tío Benjamín estaba muy callado; su calva asomaba por encima del sillón verde del abuelo Juliano. Miraba las tapas del libro como si faltara algo en la explicación de Isabel, algo que él seguramente intuía.

—Ese libro trata de civilizaciones antiguas, ¿verdad? Y si no me equivoco, Isabel, alguna de ellas debió

utilizar el caracol como símbolo u ornamento; por eso te brillaban los ojos, ¿no es cierto?

—Me descubriste, tío Benjamín...

—Lo que no comprendo es qué hacía el caracol en nuestro felpudo —reflexionó Julieta, sacudiendo su cabeza enrulada.

—A lo mejor dormía una siesta —se burló Martín.

—Ahora busquemos alguna pista en el paquete..., algo que nos indique quién lo envió —dijo la doctora Fuentes, levantando los papeles que estaban desparrramados por el piso.

18

Los chiquilines se agacharon para ayudar a su mamá, pero el tío Benjamín permaneció rígido como una estatua, mirando el caracol.

—Nada... en estos papeles no hay nada. Solo unas líneas con lápiz, imposibles de leer —se quejó Isabel.

De pronto, Benjamín Cazaventura saltó del sofá, exclamando:

—¡El espectroluminógrafo! —y corriendo fue a abrir la puerta del sótano que llevaba a su laboratorio.

Una nube de polvo y humo salió de las oscuras escaleras de piedra.

—Definitivamente, le puse mucho ácido sulfúrico —y bajó presuroso.